



Culturales  
Universidad Autónoma de Baja California  
cecmuseouabc@hotmail.com  
ISSN (Versión impresa): 1870-1191  
MÉXICO

2005  
Fernando Vizcarra  
OPINIÓN PÚBLICA, MEDIOS Y GLOBALIZACIÓN. UN RETORNO A LOS  
CONCEPTOS  
*Culturales*, enero-junio, año/vol. I, número 001  
Universidad Autónoma de Baja California  
Mexicali, México  
pp. 57-73

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

---

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



*Opinión pública,  
medios y globalización  
Un retorno a los conceptos*

Fernando Vizcarra  
*Universidad Autónoma de Baja California*

*Resumen.* El presente ensayo propone un panorama conceptual para el abordamiento de algunos problemas esenciales de las democracias en el mundo globalizado. Sobre todo, aquellos relacionados con el papel de los medios de comunicación como actores políticos en la formación de la opinión pública y su responsabilidad en la preservación y profundización de las tradiciones democráticas.

*Palabras clave:* 1. opinión pública, 2. democracia,  
3. públicos votantes, 4. medios de comunicación, 5. globalización.

*Abstract.* The present essay proposes a conceptual overview in order to enter upon some essential problems of democracies in the globalized world. Mainly, those related with the role of the media as political actors in the shaping of public opinion and its responsibility in the preservation and the deep exploration of democratic traditions.

*Keywords:* 1. public opinion, 2. democracy,  
3. voting public, 4. media, 5. globalization.

### *Culturales*

¿Qué hacemos con las personas que disienten? ¿Las aniquilamos o las dejamos sobrevivir? Y si las dejamos sobrevivir, ¿las dete-  
mos o las dejamos circular, las amordazamos o las dejamos hablar,  
las rechazamos como desaprobadas o las dejamos entre nosotros  
como ciudadanos libres? No se puede negar que la prueba de  
fuego de un régimen democrático está en el tipo de respuesta que  
dé a tales preguntas. Con ello no quiero decir que la democracia  
sea un régimen basado en el disenso y no en el consenso; quiero  
decir que en un régimen que reposa en el consenso no impuesto  
desde arriba, alguna forma de disenso es inevitable, y que  
solamente allí donde el disenso es libre de manifestarse, el  
consenso es real y que, solamente allí donde el consenso es real, el  
sistema puede llamarse justamente democrático.  
*Norberto Bobbio*

### *Opinión pública y democracia*

UNO DE LOS RASGOS distintivos de la modernidad ha sido la incor-  
poración de los sectores populares a los ámbitos de la acción  
política. Este largo proceso, avivado durante el declive del Es-  
tado absolutista y el ascenso de la burguesía europea que per-  
mitieron la consolidación de la esfera de lo público, así como  
por la difusión de las ideas protestantes durante la Reforma y el  
desarrollo de las filosofías políticas liberales de los siglos dieci-  
siete y dieciocho, trajo consigo nuevas formas de percepción  
social en torno a las complejas relaciones entre los individuos,  
la sociedad y el Estado.

Aunque el concepto de opinión pública, estrechamente ligado  
a la noción de democracia, se remonta al debate sobre la consti-  
tución de la *polis* en la antigüedad griega y romana, hoy lo reco-  
nocemos como un producto de la Ilustración y sobre todo de las  
teorías democráticas de los siglos diecinueve y veinte. En los  
últimos cinco siglos, diversas tendencias y acontecimientos han  
determinado el desarrollo de la opinión pública en el contexto  
conformador de las democracias modernas. Nos referimos, en  
esencia, a la introducción de un conjunto de nuevos paradigmas  
en el horizonte cultural de Occidente que transformaron la no-  
ción misma del individuo y su relación con el entorno. Entre los  
más importantes, podemos mencionar la aparición de la imprenta  
y la consecuente socialización de la lectura y la escritura; las

### *Opinión pública, medios y globalización*

revoluciones ideológicas, sociales e industriales; la expansión del capitalismo; la formación de Estados modernos frente al ocaso del absolutismo, y, más recientemente, el surgimiento de la sociedad de masas, la aceleración de los fenómenos de urbanización, el auge de las democracias representativas, el incremento del poder de la prensa y los medios de comunicación de masas, el desarrollo de nuevas tecnologías de información y los complejos procesos de globalización económica y cultural.

Es así que el avance de la democracia está fuertemente vinculado con los eventos históricos que marcan la decadencia de los Estados monárquicos europeos y con el crecimiento de un público letrado que ya a fines del siglo diecisiete conquistaba paulatinamente mayores espacios de influencia política. Por su parte, la burguesía se consolidaba como actor político y comenzaba a ejercer una profunda crítica del Estado absolutista vigente mediante la divulgación de los textos de filósofos e ideólogos del liberalismo, discutidos ampliamente en las casas de café en Inglaterra –según Vincent Price (1994), había más de dos mil en Londres en los inicios del siglo diecisiete–, en los salones de París y en las sociedades de mesa de Alemania. En estos lugares, el culto por la conversación, el intercambio de información y la argumentación razonada llegaron a funcionar como dispositivos para la reafirmación de la esfera pública y la consecuente conformación de climas de opinión. A través de la opinión pública, concebida desde entonces como un eficaz mecanismo de presión, la burguesía minó los cimientos del gobierno absoluto.

Aunado a lo anterior, la interpretación teórica de las formas de expresión ciudadana se fue transformando a partir de la gestación de novedosas concepciones sobre el sistema social. Una perspectiva utilitarista asignaba un nuevo rol al Estado con base en la premisa de que los sujetos tendían a maximizar sus propios intereses, desplazando a un segundo término los intereses de la colectividad. Así, lejos de los postulados de Rousseau, los trabajos de Jeremy Bentham, James Mill y John Stuart Mill, en los siglos dieciocho y diecinueve, le concedían al Estado una función armonizadora en las relaciones de discrepancia entre los individuos, a partir del establecimiento de un gobierno elegido por la mayoría mediante la elección regular y el plebiscito. Desde este

### *Culturales*

enfoque utilitario, la opinión pública tenía un papel político claramente definido en el ejercicio electoral y legislativo. El pragmatismo liberal asignaba al Estado la labor de árbitro en la solución de conflictos derivados de la competencia individual, en beneficio de los principios de convivencia y orden social, otorgando así un peso fundamental a los procesos de elección de los gobernantes y a la presencia de la opinión ciudadana. Posteriormente, los movimientos obreros, sociales e intelectuales habrían de asignarle a los Estados liberales otras funciones encaminadas hacia la promoción del bienestar, como el fomento de la educación, la salud, la vivienda, la cultura y, sobre todo, su intervención en las variables de la economía a fin de propiciar el equilibrio de los mercados y una mayor distribución de la riqueza.

Desde entonces, la comprensión de la opinión pública al interior de un conjunto de sociedades complejas, masificadas y multimediadas se convirtió en un dilema central, primero para la filosofía política del siglo diecinueve, y posteriormente para la sociología, la psicología social, la comunicación y la mercadotecnia en el siglo veinte. En este sentido, podríamos hablar no de uno, sino de varios acercamientos al concepto de opinión pública desde diversas corrientes de pensamiento y desde distintos enfoques metodológicos, reconociendo, en primer orden, que este concepto es evolutivo como la sociedad misma. Para los fines de este artículo, conviene recuperar la definición de Hans Speier, quien, desde la perspectiva de la democracia liberal, entiende por opinión pública:

...las opiniones sobre cuestiones de interés para la nación expresadas libre y públicamente por gentes ajenas al gobierno, que pretenden tener el derecho de que sus opiniones influyan o determinen las acciones, el personal o la estructura de su gobierno (Speier, citado en Tuesta, 1997:20).

De este modo, la opinión pública es la expresión más o menos articulada de grupos específicos de la sociedad, con respecto a un suceso o conjunto de acontecimientos que afectan de alguna manera sus intereses. En general, se percibe como un fenómeno contradictorio, confuso y transitorio, sobre todo en su etapa de

### *Opinión pública, medios y globalización*

formación, cuando se alimenta principalmente del rumor. Sin embargo, cuando las tensiones sociales no encuentran salidas mediante el consenso, diversos actores y grupos se van sumando paulatinamente a las corrientes de opinión, construyendo tendencias más visibles o identificables. En su etapa de madurez, la expresión pública puede radicalizarse, induciendo a los ciudadanos a definir posiciones y estrategias de acción. Al respecto, Price (1994) establece cinco problemáticas generales que debemos atender para la observación crítica de los fenómenos de opinión pública en las democracias modernas y que a continuación comentaremos, incorporando también la reflexión de otros autores:

1. *El problema de los saberes.* Cuando se habla del poder del *demos* siempre surgen dudas sobre las habilidades y conocimientos de los públicos electores en torno a aquellos problemas de índole sociopolítica y económica que les afectan y, sobre todo, acerca de su capacidad para elegir las mejores alternativas políticas de acuerdo con su capital informativo. Algunos pensadores sostienen que la teoría democrática exige demasiado a los ciudadanos ordinarios e, incluso, aseguran que una de las mayores debilidades de los sistemas democráticos modernos consiste en que se fundamentan en la participación de ciudadanos ideales, no en la de ciudadanos reales.

2. *La cuestión de los recursos.* En oposición, encontramos argumentos que insisten en que el problema de fondo no radica en la falta de información y conocimiento de los públicos electores, sino en una escasez de métodos y recursos suficientes para la comunicación y educación de los individuos. Lo que los ciudadanos necesitan, desde esta perspectiva, es un sistema político competitivo con alternativas claras, en el que los medios de comunicación jueguen un papel primordial y en el que los diversos frentes sociales incidan en la formación política (y no en el adoctrinamiento) de los ciudadanos.

3. *La mayoría que oprime.* Una de las preocupaciones centrales de la teoría democrática moderna es el respeto a las minorías en

### *Culturales*

una sociedad perfilada por el interés de las mayorías. Jürgen Habermas nos recuerda que ya Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill vislumbraban detrás de la opinión pública el poder latente de las mayorías en su dimensión más destructiva:

Desde puntos de vista normativos, esos autores estaban dispuestos a admitir la opinión pública, a lo más, como una instancia capaz de poner restricciones al poder, pero de ningún modo estaban dispuestos a considerarla como un medio de la potencial racionalización del poder en su conjunto (Habermas, 1997:21).

La experiencia del siglo veinte en este sentido es aterradora. Para Karl Popper (1994), la opinión pública es “una forma irresponsable de poder” gracias a su anonimato y a su capacidad intimidatoria. Cabe mencionar, como ejemplo, los escenarios de exclusión que se han construido en distintas regiones del mundo a partir de la relación entre las mayorías y los diversos grupos minoritarios, incluyendo a las comunidades de migrantes. En algunos países, las minorías son interpretadas como intrusos, sórdidos contingentes ajenos al espíritu de la nación, y por tanto, como una amenaza al predominio global de los grupos dominantes. Inclusive, en las llamadas democracias avanzadas, con frecuencia los derechos de las minorías son borrados por la voluntad ciega de las mayorías, paradójicamente amparadas en la legalidad del voto. Hoy, las minorías reclaman a través de múltiples medios el derecho a ser protagonistas en las profundas transformaciones de la sociedad. En el vértigo de los acontecimientos, sus distintos proyectos parecen confundirse y, ante el asombro de todos, pasan de la resistencia pacífica a la violencia justiciera. Incluso, la confrontación violenta de los diversos frentes identitarios está recomponiendo, en varias partes del mundo, los Estados nacionales. Enfrentamiento de identidades, comunidades imaginarias en conflicto, y en el ojo de la tormenta, la cuestión esencial de la relación entre los ciudadanos y el Estado, entre los derechos humanos y los valores democráticos. Ante este panorama, Bryce y otros críticos sostienen que “una democracia debe cultivar una individualidad vigorosa para asegurar que las preocupaciones minoritarias sean adecuadamente ponderadas” (Bryce, citado en Price, 1994:37).

### *Opinión pública, medios y globalización*

4. *El poder de la persuasión.* Un cuarto problema, según Price (1994), se centra en la susceptibilidad del público ante la persuasión, en particular ante mensajes altamente emocionales y no racionales. Sabemos, al respecto, que el poder debe recurrir a un sistema de rituales y prácticas simbólicas que producen y mantienen su dimensión mítica. Ninguna forma de poder social prevalece desde la tiranía, pero tampoco desde la razón como estrategia única. El poder establece sus mecanismos en el espacio social apropiándose de los imaginarios grupales, siempre vinculados con las emociones y los sentimientos. En las sociedades actuales, los medios de masas se han convertido en los grandes organizadores de las pasiones y percepciones colectivas. Y es precisamente a través de los medios como se hace la política contemporánea. De allí la preocupación de los críticos en torno a los poderes de persuasión que ejercen ciertos contenidos mediáticos en la configuración de los públicos votantes.

5. *El dominio de las élites.* Por último, uno de los problemas importantes relacionados con la opinión pública es el que Benjamin Ginsberg (1986) denomina “la domesticación de la opinión de las masas” y que Price (1994) explica en términos de un incremento en la pasividad de los públicos y un dominio de las élites corporativas y del gobierno. En esencia, se trata del debate sobre la conversión de los ciudadanos en consumidores. Al parecer, las campañas electorales tienden a alejarse de la educación política de los públicos para convertirlos, gracias a las lógicas del mercado y de los medios de comunicación, en clientes y consumidores. De esta forma se construyen espectaculares democracias sin demócratas. Más aún, la existencia de poderosos monopolios informativos puede poner en riesgo la responsabilidad social de los medios y sus comunicadores, que en situaciones de conflicto tienden a actuar en favor de los intereses corporativos.

Sin duda, el proceso de formación de la opinión pública es complejo en la medida en que está compuesto por múltiples variables y experimenta continuas transformaciones. Entre dichas variables, tenemos que ponderar el papel que desempeñan los medios de comunicación y sus líderes de opinión en la for-

### *Culturales*

mación de las orientaciones colectivas. En todo caso, no debemos olvidar que la democracia liberal tiene por fundamento propiciar la autonomía de la opinión pública, lo que requiere, por lo menos, dos condiciones básicas: un sistema educativo que no sea un sistema de adoctrinamiento y una estructura variada de medios de comunicación e información plural y diversa.

### *Democracia y medios de comunicación*

Si bien la democracia, como sistema de relaciones sociales y forma de vida, no se puede reducir al ámbito de los procesos electorales, las elecciones, en efecto, son el acontecimiento central en el que se constata el consenso general de una sociedad, es decir, el parecer de la ciudadanía con respecto a la labor del Estado. Sin embargo, debemos recordar que los gobiernos emanados de las democracias electorales son gobiernos de la opinión pública y no del conocimiento social. De modo que la opinión pública está conformada por la articulación entre un sistema de creencias (cultura política) y la presencia de corrientes de información en torno al desempeño de los gobernantes y su relación con los ciudadanos. Lo anterior supondría la concepción del pueblo como depositario de una conciencia suprema. Sobre esto, Giovanni Sartori explica:

...la democracia representativa no se caracteriza como un gobierno del saber sino como un gobierno de la opinión, que se fundamenta en un “público sentir de *res* pública”. Lo que equivale a decir que a la democracia representativa le es suficiente, para existir y funcionar, con el hecho de que el público tenga opiniones suyas... (Sartori, 1998:70).

No obstante, la mayoría de los analistas expresan su preocupación por los escasos niveles de información e interés de los públicos votantes con respecto a los problemas fundamentales de la sociedad. El hecho de que una persona haya votado en una elección no debería, en modo alguno, suponer que ésta se ha ocupado en considerar los problemas esenciales de su entorno y

### *Opinión pública, medios y globalización*

los contenidos de las opciones políticas disponibles. Diversos estudios indican que los votantes, en gran número, llegan a las casillas sin información suficiente para orientar sus decisiones. Sartori señala al respecto: “Cada vez que llega el caso, descubrimos que la base de información del *demos* es de una pobreza alarmante, de una pobreza que nunca termina de sorprendernos” (Sartori, 1998:123).

A pesar de sus indicadores de agotamiento y rezago, parece que la democracia, con sus múltiples adjetivos, extiende sus valores y prácticas hasta alcanzar a numerosos sectores de la población que hoy exigen mejores niveles de vida e inciden en la solución de los problemas sociales. Más aún, podemos decir que las formas tradicionales de la democracia representativa ya no satisfacen a aquellos grupos de la sociedad que demandan mayor participación. Ante la insuficiencia de bienestar y la incapacidad de los procedimientos democráticos para incluir y actualizar todas las demandas sociales, los ciudadanos organizados optan por distintos métodos de influencia política. Es por ello que en la mayoría de las democracias actuales los referendos van en aumento, así como los sondeos y las consultas directas a los actores involucrados en agendas específicas. Sin embargo, para que estas tendencias se traduzcan en democracias más sólidas deberán sumarse los saberes y la experiencia social a los instrumentos de poder ciudadano. No existen democracias estables sin el desarrollo de comunidades cimentadas en la información y el conocimiento. En este escenario, Popper (1994) nos propone las siguientes premisas para una fértil discusión sobre las fortalezas y debilidades que hoy experimentan las diversas democracias:

1. El Estado es un mal necesario: sus poderes no deben multiplicarse más allá de lo necesario. (...) y aunque podamos crear instituciones en las que se reduzca al mínimo el peligro del mal uso de esos poderes, nunca podremos eliminar completamente el peligro.
2. La diferencia entre una democracia y una tiranía es que en la primera es posible sacarse de encima al gobierno sin derramamiento de sangre; en una tiranía eso no es posible.
3. La democracia como tal no puede conferir beneficios al ciu-

### *Culturales*

dadano, y no debe esperarse que lo haga; los únicos que han de actuar son los ciudadanos de una democracia (incluidos, por supuesto, los ciudadanos que integran el gobierno). La democracia no proporciona más que la armazón en la cual los ciudadanos pueden actuar de una manera más o menos organizada y coherente.

4. Somos demócratas no porque la mayoría siempre tenga razón, sino porque las tradiciones democráticas son las menos malas que conocemos. Si la mayoría (o la “opinión pública”) se decide en favor de la tiranía, un demócrata no tiene que suponer que por ello se ha puesto de manifiesto una incongruencia fatal en sus opiniones. Más bien debe comprender que la tradición democrática no es lo suficientemente fuerte en su país.

5. Las instituciones solas nunca son suficientes si no están atemperadas por las tradiciones (democráticas). Entre las tradiciones más importantes está la que podríamos llamar el “marco moral”. Este marco contiene el sentido tradicional de la justicia o la equidad de una sociedad, o el grado de sensibilidad moral que ha alcanzado (Popper, 1994:203-204).

En este complejo panorama debemos incluir el rol que ocupa la generación de conocimiento y la expansión de las nuevas tecnologías en la conformación de las democracias actuales. Manuel Castells (1999) afirma que somos testigos de un novedoso modelo de organización y desarrollo de las sociedades globalizadas, como producto de una nueva situación del capitalismo mundial. Se trata, en otras palabras, de una transformación global que tiene dimensiones equivalentes, en términos de importancia, con la Revolución Industrial, pero cimentada en el impulso de las tecnologías de información y en la socialización del conocimiento. De allí, entonces, que los problemas de opinión pública y democracia estén hoy enmarcados por la reflexión en torno a las funciones y efectos de los medios masivos. Lejos de ser sistemas tecnológicos y organizacionales dedicados únicamente a la información y el esparcimiento, los medios de comunicación son actores políticos inmersos en estructuras de poder capaces de traducir y modelar el conflicto social.

En el terreno de la comunicación política, ese ámbito de estudios interdisciplinarios que incluyen a los medios, los sondeos, la investigación política de mercados y la publicidad, según Dominique

### *Opinión pública, medios y globalización*

Wolton y otros (1998), la comunicación no se concibe como un elemento complementario del quehacer político, sino como parte integral de los procesos de opinión pública y construcción colectiva de la realidad. La revolución de las comunicaciones atraviesa hoy el tejido de la democracia en sus distintas versiones y su futuro depende de la capacidad de la sociedad para establecer equilibrios en torno a sus tres poderes complementarios: la sociedad civil, el Estado y el mercado. Sin duda, los medios de comunicación tienen una importancia vital en la consecución de dichos equilibrios.

De acuerdo con la tesis de Manuel Martín Serrano (1989), los medios de comunicación establecen procesos de mediación discursiva entre los acontecimientos sociales y los públicos receptores. En un sentido estricto, una noticia, entonces, no es un suceso o acontecimiento, sino la versión de dicho suceso. El proceso mediante el cual la dinámica de la realidad se ajusta a los valores y creencias del receptor a través de la formulación de un discurso elaborado y difundido por un medio de comunicación específico es denominado por Martín Serrano como *mediación cognitiva*. En este orden, lo que hoy conocemos como opinión pública no es la expresión pura de los puntos de vista autónomos de una colectividad, sino la manifestación, a veces contradictoria y dispersa, de amplios contingentes en espacios sociales estructurados y multimediados, donde los actores construyen sus puntos de vista sobre el acontecer público mediante el acceso desigual y el consumo diferenciado de los contenidos de los medios masivos, principalmente. Sin soslayar, por supuesto, las condiciones de existencia propias que determinan las identidades colectivas e individuales, es pertinente referirnos a los medios de comunicación como los más poderosos productores y recicladores del sentido social. Bajo este enfoque, entendemos el espacio público como una estructura de mediaciones a partir de la cual los sistemas de comunicación se ven intervenidos por las lógicas de la realidad social que nombran. Por lo tanto, podemos afirmar que los medios se han convertido en protagonistas con respecto a las representaciones que los actores tienen sobre lo público y lo privado, lo local y lo global, sobre lo vigente en términos de debate público y sobre las imágenes y los relatos que la sociedad construye cotidianamente en torno a sus condiciones de vida.

### *Culturales*

¿Qué efectos podemos esperar del vínculo cada vez más estrecho entre política, tecnología y comunicación de masas? ¿El reforzamiento de la saturación emocional y la consecuente pasividad de los públicos? ¿O la actuación de una sociedad informada, atenta a los excesos del poder, con capacidad para fijar límites al Estado y reclamar legalidad? Los medios de comunicación, en este sentido, tienen un compromiso ineludible: mantener en observación al poder político, vigilar a las instituciones en favor de las garantías individuales y someterse al ejercicio crítico de la sociedad: condiciones indispensables para la sobrevivencia de las democracias.

### *Medios de comunicación y globalización*

“Globalización” es un término utilizado actualmente en casi todos los ámbitos sociales para indicar los procesos de integración acelerada del mundo contemporáneo. Se expresa, a grandes rasgos, en la expansión y reestructuración del capitalismo bajo una amalgama de premisas neoliberales que han propiciado el auge de los capitales especulativos, la segmentación del trabajo, la supremacía del mercado y el reordenamiento de las relaciones sociales bajo las lógicas de la competitividad y la eficacia. También está caracterizada por el impacto masivo de las tecnologías y medios de comunicación, y por el lugar privilegiado que ocupan el conocimiento y la información en el desarrollo de las instituciones. Nos hemos trasladado a un tiempo en que los efectos de la modernidad se están agudizando y mundializando como nunca.

Sin embargo, contrario a las perspectivas que conciben a la globalización como un proceso totalizador y avasallante, es necesario reconocer la vigencia de los intereses nacionales que permean, bajo argumentos vinculados a la legitimidad cultural, tanto las políticas locales y globales de comercio audiovisual como los contenidos específicos de los medios de comunicación en cada región del orbe. De acuerdo con Marjorie Ferguson (1995), mientras la retórica dominante de la globalización asume una especie de universalismo cultural, sobre todo cuando se

### *Opinión pública, medios y globalización*

habla de comercio audiovisual y de televisión extranjera vía satélite, las realidades políticas locales tienden hacia el nacionalismo económico competitivo. Si bien es cierto que los fenómenos de globalización y los procesos regionales pueden generar tensiones recíprocas, también lo es que ciertas dimensiones de lo global necesitan de lo local para poder existir, y viceversa. Hoy, lo global y lo local transitan con intensidad en los contenidos de los medios masivos y de las demás industrias culturales, entendidas como la maquinaria conductora del capitalismo del siglo veintiuno. Este planteamiento sugiere que, lejos de sucumbir en una *aldea global* de leyes de mercado impersonales, los nacionalismos económicos competitivos se articulan con las industrias culturales que configuran la nueva sociedad de información y cultura de masas. Más aún, el acceso desigual y conflictivo tanto de los ciudadanos como de los países a los mercados económicos y simbólicos (productos, servicios, información, entretenimiento, etcétera) propios de la sociedad globalizada, obviamente no construye una identidad global uniforme y estática; por el contrario, podemos afirmar que detrás de las máscaras colectivas existe una vasta y compleja diversidad cultural que se traduce en distintas formas de consumo y en usos diferenciados de bienes y símbolos. Más aún, debemos destacar la continua resurrección de las llamadas *etnicidades* o *identidades profundas*: comunidades enraizadas en la tradición cultural que despiertan con rostros nacionalistas e incluso autonómicos, reivindicativos o con amplios programas de acción política, y que ponen continuamente en crisis el discurso totalizador de la globalización.

Para una discusión más amplia en torno a los avances y las crisis de las democracias modernas en el contexto de la globalización mediática, es necesario tener en cuenta algunas consideraciones sobre la mutación de los Estados nacionales. Primero, debemos apuntar que, no obstante el movimiento de personas, bienes, capital y tecnologías a través de las fronteras entre países, el Estado-nación aún constituye el nexo fundamental de los intercambios entre lo global y lo local. Por lo tanto, contrario a lo que algunos suponen, éste no se extingue frente a la globalización, sino que se transforma. Sin duda, la

### *Culturales*

sociedad civil y el mercado han conquistado diversos espacios sociales antes ocupados por el Estado, pero ello tampoco significa la disolución de este último. Frente al argumento de su decadencia como lugar relevante de la acción política y económica, de la cultura y las identidades colectivas, basta con observar los conflictos de intereses y las múltiples discrepancias entre países o regiones que comparten fronteras, tratados, convenios y proyectos. La expansión de los mercados estimulada por los agentes dominantes de la economía mundial se enlaza, en el teatro de la globalización, con el ejercicio soberano de los Estados nacionales en el terreno de la política interior y exterior. Tal como lo destaca Anthony Giddens:

Los Estados no funcionan como máquinas económicas sino como actores celosos de sus derechos territoriales, preocupados por el impulso de sus culturas nacionales, y estableciendo estratégicos compromisos geopolíticos con otros Estados o alianzas de Estados (Giddens, 1999:75).

No debemos olvidar, además, que los Estados nacionales siempre se han visto amenazados por factores tanto internos como externos. En los últimos cien años casi se ha duplicado la comunidad de países en escenarios de desintegración, separación, guerras, invasiones y revoluciones. Es previsible que en el futuro inmediato sigamos siendo testigos del surgimiento y desaparición de naciones, en entornos de complejidad e incertidumbre, donde los procesos de globalización intervendrán, sin duda, como una variable más en las múltiples determinaciones de la geopolítica mundial.

Por otra parte, la proclamación del fin de las ideologías, concebidas como fuerzas de cambio social y económico frente a los procesos de globalización, resulta aún prematura. Incluso, de acuerdo con Jürgen Habermas, las actuales democracias, tanto las avanzadas como las emergentes, tienden a experimentar una crisis de legitimidad y de racionalidad, dejando en ocasiones las puertas abiertas a los radicalismos ideológicos. No hay duda de que una democracia sin ilusiones siempre puede derivar en fascismo. Sin embargo, al parecer dicha crisis no reside tanto

### *Opinión pública, medios y globalización*

en los fundamentos mismos de la democracia como en los procedimientos democráticos ortodoxos que cada vez traducen menos las aspiraciones y necesidades de la gente. En algunos países la democracia electoral está siendo complementada por modalidades de democracia participativa, que permiten hacer más transparentes los mecanismos y acciones del poder, evitando en lo posible los latentes atajos hacia la corrupción y la impunidad. Según Giddens:

Lo que se necesita en los países democráticos es una profundización de la propia democracia. Lo llamaré “democratizar la democracia”. Pero ésta, en la actualidad, debe volverse transnacional. Tenemos que democratizar por encima –y también por debajo– del nivel de la nación. Una era globalizadora requiere respuestas globales, y esto se aplica a la política tanto como a cualquier otra área (Giddens, 2001:88).

Ante este panorama, los fenómenos de globalización mediática pueden ser vigorosos generadores de sentido en torno a la necesidad de preservar y profundizar las tradiciones democráticas, tan importantes en el pensamiento de Popper. En no pocas ocasiones, los medios globalizados han sido determinantes en la limitación del poder de los Estados y, particularmente, en la observación y promoción de los derechos humanos y las garantías individuales. Sin embargo, a la indispensable vigilancia de los medios sobre el Estado, que tiene por fin establecer restricciones a los excesos del poder institucional sobre los individuos, debe corresponder una necesaria vigilancia de la sociedad hacia los medios de comunicación, los actores políticos y otros poderosos instrumentos de hegemonía. Con sus distintas vertientes y desniveles de desarrollo, la democracia parece propagarse en nuestro mundo y acreditarse como un sistema de relaciones sociales que permite el encauzamiento de los conflictos y el ejercicio de las libertades y posibilita el bienestar de las personas. Pero también se muestra frágil e insuficiente. Frente a la constante amenaza del autoritarismo, el racismo, la xenofobia, la exclusión, la ignorancia, la indiferencia, la corrupción y la violencia, frente al secuestro del *homo sapiens* por el *homo demens*, evocando a Edgar Morin (2001), el compromiso políti-

### Culturales

co que los medios globalizados tienen con la sociedad radica fundamentalmente en el reforzamiento y preservación de las tradiciones democráticas, fuentes de tolerancia y pluralidad, y en el tratamiento de la globalización no como un proceso de polarización y exclusión simultánea, sino como un facilitador de la interculturalidad, es decir, como un promotor del mundo de vida de los ciudadanos capaces de construir espacios sociales de conocimiento, creación, innovación e imaginación más allá del mercado y del Estado.

### Bibliografía

- BOBBIO, Norberto, *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, Grijalbo/Conaculta, México, 1990.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información*, tomo I, Siglo XXI, México, 1999.
- FERGUSON, Marjorie, "Media, Markets, and Identities: Reflections on the Global-Local Dialectic", *Canadian Journal of Communications*, vol. 20, núm. 4, 1995.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, *La globalización imaginada*, Paidós, México, 1999.
- GAUTHIER, Gilles, y otros (comps.), *Comunicación y política*, Gedisa, Barcelona, 1998.
- GIDDENS, Anthony, *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Taurus, Madrid, 2001.
- , *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- GINSBERG, Benjamin, *The Captive Public. How Mass Opinion Promotes State Power*, Basic Books, Nueva York, 1986.
- HABERMAS, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, México, 1997.
- MARTÍN SERRANO, Manuel, *La producción de comunicación social*, Cuadernos del CONEICC, Guadalajara (México), 1989.
- MONZÓN, Cándido, *Opinión pública, comunicación y política*, Editorial Tecnos, Madrid, 1996.

*Opinión pública, medios y globalización*

- MORIN, Edgar, *Amor, poesía, sabiduría*, Seix Barral, Madrid, 2001.
- POPPER, Karl, *En busca de un mundo mejor*, Paidós, Madrid, 1994.
- PRICE, Vincent, *Opinión pública*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara (México), 1994.
- SARTORI, Giovanni, *Teoría de la democracia*, tomo I, Alianza Universidad, Madrid, 1989.
- , *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, México, 1998.
- TUESTA SOLDEVILLA, Fernando, *No sabe/no opina: encuestas políticas y medios*, Lima, Universidad de Lima, 1997.
- WOLTON, Dominique, y otros, *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona, 1998.